

# Comarca herida

*José Luis Valdés Ugalde*

*Give me your tired, your poor,  
your huddled masses,  
yearning to breathe free*

Poema de Emma Lazarus, inscrito en la base  
de la Estatua de la Libertad en Nueva York

*New York is a capital city... But it is by way of becoming  
the capital of the world. The city at last perfectly illustrates  
both the universal dilemma and the general solution,  
this riddle in steel and stone is at once the perfect target  
and the perfect demonstration of nonviolence,  
of racial brotherhood, this lofty target scraping the skies  
and meeting the destroying planes halfway, home of all people  
and all nations, capital of everything, housing  
the deliberations by which the planes are to be stayed  
and their errand forestalled.*

E.B. White, *Here Is New York*

(Nueva York: The Little Bookroom, 1999), 55-56

A un año de los atentados terroristas del 11 de septiembre contra las torres gemelas en Nueva York y el Pentágono, en Washington, D.C., la herida causada por los ataques parece no cerrarse y extenderse aun más a los confines de la vida social y política de Estados Unidos y el mundo. Las implicaciones que en el tiempo histórico ya se han hecho presentes de muchas y variadas formas han afectado de manera directa las circunstancias y los contenidos sustanciales del sistema internacional; los atentados terroristas lastimaron en forma drástica algunas de las fibras más sensibles en las que se basa la convivencia de la comunidad internacional, así como del ya de por sí precario arreglo institucional del orden internacional heredado por la guerra fría. Es posible afirmar que las consecuencias y el clima de inseguri-

dad e incertidumbre que se desprende de los atentados durarán mucho tiempo y serán atestiguados y padecidos por varias generaciones.

La vida toda en Estados Unidos cambió radicalmente a raíz de los atentados. La sociedad perfecta en la nación perfecta fue penetrada por la amenaza externa: “hemos perdido la inocencia” es quizás la expresión más representativa de entre las muchas que surgieron el mismo día del atentado y que dan cuenta de la pérdida que significó para los estadounidenses este desenlace.<sup>1</sup> Si se revisa la muy copiosa literatura surgida a partir de los atentados, colmada de testimonios de cronistas y ciudadanos comunes y corrientes, se dará cuenta de que después del 11 de septiembre los estadounidenses tienen más pavor a la pérdida de control que a la muerte. Su pasmo se desprende fundamentalmente de la idea de que se habían sumido en un futuro apocalíptico que si bien había sido plasmado magistralmente por los medios masivos y el mundo de la ficción literaria y cinematográfica al interior de la cultura iconográfica, la sociedad en ese país no estaba preparada para afrontar un mundo *tan real* como el que se le presentó en forma contundente en esa fecha. Si atendemos a los procesos judiciales y a la ambigüedad en el ánimo conmemorativo a un año de que aconteció esta tragedia, nos percatamos de la profundidad de las implicaciones que el atentado provocó en la convivencia social. ¿Silencio? Se trata sobre todo de la ausencia de palabras para expresar (¿conmemorar?) el horror del 11 de septiembre, la reiteración memoriosa de las imágenes que los neoyorquinos, los estadounidenses y el mundo atestiguaron ese día. En Estados Unidos no hay consenso sobre si acaso haya palabras que puedan hacer justicia histórica a su pérdida, “no hay palabras que puedan calmar las almas de los vivos y los muertos. No hay palabras que puedan expresar lo que la ciudad vivió; no hay palabras que puedan transmitir el pesar colectivo. En tal día, en tal tiempo, las palabras no harán nada... ahora que se aproxima el primer aniversario [no habrá] palabras originales”.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> William Langewiesche, “American Ground: Unbuilding the World Trade Center. Part Two, The Rush to Recover”, *The Atlantic Monthly* 290, no. 2 (septiembre de 2002): 53.

<sup>2</sup> Janny Scott, “The Silence of the Historic Present. Sept. 11 Leaves Speakers at a Loss for their Own Words”, *The New York Times*, 11 de agosto de 2002, sección “The Metro”, 29. Los estadounidenses de todos los sectores sociales empiezan a debatir sobre la pertinencia de conmemorar el 11 de septiembre; en todo caso, esto es un testimonio de que el sentimiento de pérdida

Este futuro inevitable, inesperado, brutal y trágico se hizo presente aquella despejada mañana neoyorquina cuando el vuelo 11 de American Airlines se incrustara, a las 8:47 a.m., a la altura del piso 94 de la torre norte del World Trade Center, sólo veinte minutos antes de que el vuelo 175 de United Airlines hiciera lo mismo (9:03 a.m.) entre los pisos 78 y 87 de la torre sur, a una velocidad de más de 600 kilómetros por hora y con los depósitos de combustible con más de 25 000 litros, es decir, casi llenos.<sup>3</sup> Literalmente dos bombas únicas en su tipo y uso, compuestas de aviones comerciales con población civil a bordo, dirigidas en contra de población civil igualmente inocente —como sus víctimas y blancos directos— y concebidas cuidadosamente como cargas mortales cuyo propósito era derrumbar ambas edificaciones y cumplir con un designio originalmente planeado, aunque frustrado, el 26 de febrero de 1993 por Ramzi Yousef, un terrorista islámico de origen paquistaní.<sup>4</sup>

Cada torre alcanzaba una altura de 110 pisos y pesaba aproximadamente 500 toneladas; la torre sur, segunda en ser alcanzada por el ataque, se colapsó a las 9:50 a.m. La torre norte le siguió a las 10:28 a.m.; la velocidad de la caída fue de 160 km/h y destruyó todo el complejo de edificios (3, 4, 5, 6 y 7) ubicados en la llamada zona

---

y agravio también significa confusión sobre qué hacer con esta fecha en las efemérides nacionales. Véanse Andy Newman, "Remembering Sept. 11 in a Personal Way, or Maybe Ignoring It", *The New York Times*, 8 de agosto de 2002, sección "The Metro", 1(B), y David W. Chen, "Family of 9/11 Victim Accepts \$1.04 Million in U.S. Compensation", *The New York Times*, 8 de agosto de 2002, sección "The Metro", 1(B).

<sup>3</sup> Véanse Angus Kress Gillespie, *Twin Towers. The Life of the New York City's World Trade Center* (Nueva York: New American Library, 2002), cap. 8; Der Spiegel Magazine, *Inside 9/11. What Really Happened?* (Nueva York: St. Martin's Press, 2001); Dennis Smith, *Report from Ground Zero* (Nueva York: Viking, 2002); Michael Sorkin y Sharon Zukin, eds., *After the World Trade Center. Retracing New York City* (Londres: Routledge, 2002); Langewiesche, "American Ground...".

<sup>4</sup> Yousef intentó derrumbar infructuosamente el World Trade Center en esa fecha con un carro bomba; no obstante, hubo seis víctimas del atentado. Yousef es baluch-paquistaní y se crió en Kuwait; posteriormente, se formó como ingeniero eléctrico en Gales, de ahí su excelente inglés. Yousef no era, en ese momento, un componente formal de la estrategia de la guerra santa concebida por Al Qaeda; en todo caso, representaba la obsesión individual por dirigir una *yihad* global. Sin embargo, sus vínculos con Bin Laden eran ya cercanos; aparte de trabajar con él desde Filipinas, se entrenó en uno de los campos en la frontera afgana paquistaní. Peter L. Bergen, *Holy War, Inc. Inside the Secret World of Osama bin Laden* (Nueva York: The Free Press, 2001), cap. 1; James F. Hoge Jr. y Gideon Rose, eds., *How Did this Happen? Terrorism and the New War* (Nueva York: Public Affairs, 2001), cap. "The Organization Men".

financiera, dejando en su lugar un sombrío y extenso lote baldío que hoy se conoce como *Ground Zero*.<sup>5</sup> Una torre se mantuvo en pie por casi una hora y la otra por más de hora y media, lo que permitió evacuar a alrededor de 25 000 personas; en total, se calcula que murieron 2 870 personas de muy variados orígenes sociales y raciales, entre los que se encontraba un buen número de musulmanes, más de doscientos británicos (lo que representa la mayor pérdida de vidas para Gran Bretaña en ataques terroristas); mexicanos, asiáticos, africanos y de otras naciones europeas y árabes. Paralelamente a este ataque, a las 9:39 a.m., el vuelo 77 de American Airlines caía sobre uno de los costados del edificio del Pentágono destruyendo por completo uno de sus cinco muros, y a las 10:10 a.m., el vuelo 93 de United Airlines se precipitaba al sureste de Pittsburgh, Pennsylvania, matando a todos sus ocupantes. Esto sucedió aparentemente después de una lucha entre secuestradores y pasajeros, quienes se habrían percatado de la intención de aquéllos de introducirse en el espacio aéreo de la capital con el objetivo de destruir alguno de los edificios de los poderes estadounidenses, que bien podrían haber sido el Capitolio o la Casa Blanca.

Sincronización perfecta de un plan largamente meditado y calculado, tal y como lo confirman informes de inteligencia recientes, en los que se demuestra que la idea surgió en Hamburgo, Alemania, por Al Qaeda desde 1999.<sup>6</sup> Estos dos atentados eran parte de una misma estrategia. En una empresa cuidadosamente calculada, los tiempos de todos los ataques se coordinaron de tal forma que causaran el mayor impacto en la vida política, económica, social, emocional y psicológica de los estadounidenses, provocando una ola de temor y de inseguridad generalizados en la Unión Americana. Estados Unidos había sido alcanzado en dos de las fibras más sensibles y representativas de su vida nacional: el centro financiero por excelencia del capitalismo interno y mundial y su complejo militar, del cual dependen variadas y complejas misiones militares en todo el mundo; pero, sobre

<sup>5</sup> Smith, *Report from Ground Zero*.

<sup>6</sup> Así lo indica el reporte de Douglas Frantz y Desmond Buttler en el *New York Times*. Véase “Al-Qaeda: descubren la conexión alemana. Terroristas del 11 de septiembre iniciaron en Hamburgo la planeación de los ataques”, *El Universal*, 31 de agosto de 2002, (A)4.

todas las cosas, lo que se fracturó fue la fibra social y cívica de la vida en ese país; se trató de atentar fundamentalmente contra una franja muy sensible de la democracia estadounidense: su sociedad civil. Al Qaeda articuló con precisión sus objetivos y provocó el efecto propuesto: desestabilizó en varias formas la vida cotidiana y la confianza en los valores intrínsecos en los que se basa la interacción comunitaria en Estados Unidos y perturbó la sensación histórica de seguridad y estabilidad que los estadounidenses habían forjado durante más de un siglo al golpear trágicamente el corazón del *clima* fundamental de la cotidianidad —y el más apreciado por su población—: el trabajo y la convivencia urbano-social (en este caso, pero no como excepción, ya que la población rural fue testigo agraviado del evento), y destruyó, además, dos símbolos fundamentales de la vida estadounidense. Las torres gemelas simbolizaban en forma particular la idea de excepcionalismo generalizada en Estados Unidos, así como el triunfo de la técnica sobre la naturaleza y el poderío del sistema capitalista, que era en sí mismo el poderío de ese país; “en efecto, el World Trade Center es un símbolo global, reconocido instantáneamente como representante de Estados Unidos, tal y como la Torre Eiffel o el Big Ben representan a sus respectivos países”.<sup>7</sup>

Además, el atentado puso en evidencia la vulnerabilidad del sistema de inteligencia y de seguridad, pues presumían de tener uno de los espacios aéreos más seguros del mundo; sólo que sus mecanismos de prevención apuntaban contra objetivos militares enemigos, nunca aeronaves civiles. La seguridad centraba sus prioridades en afianzar los mecanismos de defensa frente a la amenaza militar externa, razón por la cual descuidó considerablemente la atención en la “seguridad humana”, entendida como establecer un sistema de vigilancia, principalmente en las ciudades, con el objeto de detectar la existencia de riesgos a la seguridad nacional. La transgresión de la seguridad y su vulnerabilidad fueron puestas en evidencia el 11 de septiembre; no obstante, el daño ya había empezado entre 1993 y 1998, cuando se detectaron los primeros signos de penetración de elementos terroristas dentro del país, al tiempo que se efectuaba el primer atentado contra las Torres Gemelas antes mencionado. Se trata de un largo preámbulo:

<sup>7</sup> Gillespie, *Twin Towers...*, 18.

el 18 de mayo de 2000, Mohamed Atta, arquitecto de todo el complot desde sus comienzos y piloto de la aeronave que impactó la torre norte, solicitó una visa que le fue concedida en Berlín.<sup>8</sup>

Es sorprendente cómo Atta y su grupo circulan por países de Europa Occidental y Estados Unidos con toda libertad y “se ven y actúan como el cada vez más diverso Estados Unidos del siglo XXI”,<sup>9</sup> planeando un operativo terrorista de grandes magnitudes, sin que autoridad alguna se percate de sus planes y movimientos, muy a pesar de que hay indicios de que el FBI seguía los pasos de algunos de los 19 miembros de los cuatro comandos pero prefirió no actuar. En un libro editado por el semanario alemán *Der Spiegel*, titulado *Inside 9/11. What Really Happened?*, se hace una reconstrucción pormenorizada de cada uno de los movimientos de los miembros del comando terrorista, como su asistencia a las clases de aviación, los lugares que frecuentaban, su vida doméstica, la convivencia con sus vecinos, sus hábitos y actividades cotidianas, sus operaciones financieras y hasta algunos incidentes de tránsito con la policía, de los que Atta salió sorprendentemente bien librado.<sup>10</sup>

En todo caso, los atentados mostraron un sistema de inteligencia confundido y enredado en las contradicciones heredadas desde el fin de la guerra fría, en el sentido de invadir mutuamente funciones de inteligencia interna (FBI) y externa (CIA), sin que haya habido un acuerdo fundamental antes del 11 de septiembre que contribuyera a plantear, con cierta certidumbre y prontitud, garantías de largo plazo a la seguridad de los estadunidenses; de esta manera, se ponía en evidencia que Estados Unidos carecía de práctica en la lucha antiterrorista que se ha implementado desde la década de los setenta en algunos países europeos con vasta experiencia en este tema, como el Reino Unido, España, Francia y Alemania, entre otros.

<sup>8</sup> Bergen, *Holy War...*, 35-36. Atta nace en 1968, en el seno de una familia religiosa de El Cairo. Como se podrá deducir, a la luz de los recientes informes sobre la planeación del atentado desde Alemania (véase nota 6 y más adelante en este ensayo), solicita su visa a Estados Unidos cuando los aspectos más importantes de la conspiración estaban claramente establecidos.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 28.

<sup>10</sup> Der Spiegel Magazine, *Inside 9/11...*

## *El carácter transnacional del nuevo terrorismo*

El atentado del 11 de septiembre, que provocó el acto más espectacular de demolición urbana no deseada conocido hasta hoy, representa en rigor el comienzo de un nuevo paradigma en el uso de los medios de los que se vale el terrorismo fundamentalista islámico para atacar sus objetivos; es particularmente importante resaltar que un elemento central de la estrategia de guerra y reclutamiento de integrantes de Al Qaeda (“la base”) es la comunicación de masas. “En una cultura cada vez más globalizada, las ideas de Bin Laden están influyendo en las creencias y acciones de militantes de Yemen hasta Inglaterra pasando por Kenia y otros países de África y del Medio Oriente. En buena medida es sólo cuestión de tiempo: en el siglo xxi la comunicación es mucho más fácil y el mensaje de Bin Laden se puede diseminar a una velocidad y alcance inimaginables hace dos décadas”.<sup>11</sup>

También representa la continuidad de una ola terrorista de carácter *transnacional* iniciada por Al Qaeda desde hace más de una década, y que se funda en un profundo *antiamericanismo* en virtud de que se considera a Estados Unidos como el responsable directo de la violación de Tierra Santa a través de la ocupación de territorio islámico; en este sentido, la *yihad* encabezada por Osama Bin Laden, cerebro detrás de esta estrategia, es la consecuencia de lo que los extremistas islámicos representados por esta organización consideran “el asalto estadunidense del Islam”.<sup>12</sup>

Asimismo, una característica fundamental del funcionamiento de esta nueva organización terrorista es su carácter corporativo, con multiplicación de células instaladas alrededor del mundo, principalmente en el Medio Oriente y el oeste de Asia.<sup>13</sup> Los exitosos alcances me-

<sup>11</sup> Bergen, *Holy War...*, 37-38. Un ejemplo notable son las entrevistas que Bin Laden ha ofrecido a CNN, Time y Newsweek, las cuales han circulado internacionalmente y se han reproducido junto a otros mensajes, en medios árabes, como el canal de televisión Al Jazeera en Qatar o los periódicos londinenses *Al-Quds* y *Al-Arabi*. La cobertura se da puntualmente en los medios masivos de comunicación occidentales y sus sistemas de información en todo el mundo.

<sup>12</sup> Hoge Jr. y Rose, eds., *How Did this Happen?...*, 11.

<sup>13</sup> Fred Halliday propone el término “Asia del Oeste”, porque denota un área —hoy crucial— que, junto con los países del mundo árabe e Irán, incluye a Afganistán y Pakistán. Ídem, *Two Hours that Shook the World. September 11, 2001: Causes and Consequences* (Londres: Saqi Books, 2002), 38.

diáticos y tecnológicos de Al Qaeda se deben a la aplicación de técnicas empresariales heredadas de la experiencia corporativa de Bin Laden en los tiempos en que era un próspero hombre de negocios, primero en Arabia Saudita en la multimillonaria empresa familiar fundada por su padre, Saudi Binladin Group y después, a principios de los noventa, como empresario activo en Sudán.<sup>14</sup> Se trata ciertamente de una red multinacional de dimensiones aún no calculadas con precisión, aunque probablemente con alcances más graves de los que el aparato de inteligencia estadunidense hubiera calculado. Su conformación responde a la estructura tradicional del *holding* que distribuye sus intereses en compañías pequeñas, las cuales realizan operaciones en países o áreas del globo difíciles de detectar e identificar respectivamente.

Al Qaeda incorpora a organizaciones subsidiarias que militan por su causa en Egipto, Pakistán, Bangladesh, Argelia, Libia, Yemen, Siria y Cachemira. En el mismo sentido, esta amplia red de conexiones corporativas permite el alistamiento de un universo amplio de afiliados de Jordania, Turquía, Palestina, Marruecos, Túnez, Malasia, Bangladesh, Sudán, Arabia Saudita, India, Filipinas, Chechenia, China, Alemania, Suecia, Francia, Inglaterra y facciones de árabe-americanos y afroamericanos.<sup>15</sup> Un relevante aspecto más es la composición del *shura* o consejo ejecutivo encargado de la toma de decisiones. Si bien es cierto que Bin Laden se encarga de formular las principales políticas generales, consulta con el consejo de Al Qaeda, compuesto por una red de los más distinguidos profesionales, reclutados con todos los cuidados, a quienes recurre la empresa corporativa. Se trata de una corporación que atrae a los mejores hombres (creyentes) del islam y que además son entrenados en centros de enseñanza de élite.

Por ejemplo, entre los miembros islámicos radicales más antiguos se encuentran el palestino Abdullah Azzam, el egipcio Omar Abdel Rahman y el yemenita Abdul Majid Zindani (los dos últimos jeques); todos ellos estudiaron en la Universidad Al Azhar de El Cairo, el equivalente a Oxford en estudios islámicos. Otros personajes signifi-

<sup>14</sup> Bergen, *Holy War...*, 29.

<sup>15</sup> Daniel Pipes, *Militant Islam Reaches America* (Londres: Norton, 2002); Ahmed Rashid, *Talibán* (New Haven: Yale University Press, 2001); Hoge Jr. y Rose, eds., *How Did this Happen?...*; Bergen, *Holy War...;* *American Heritage Dictionary* (Boston: Houghton Mifflin, 2001).

cativos de importancia en este recuento y que forman parte del círculo íntimo de Bin Laden provienen, en su mayoría, de posición social acomodada en sus respectivos países y cuentan con una formación académica calificada que incluye disciplinas tales como medicina, contaduría, ingeniería, computación; tal es el caso de su ayudante principal, médico proveniente de una familia egipcia de clase alta; su ex encargado de manejar asuntos con los medios en Londres, empresario y comerciante saudita, nacido en Kuwait; su asesor militar en Estados Unidos se graduó como psicólogo en una universidad egipcia y trabajó como especialista en sistemas de computación en California; Rifia Ahmed Taha, vocero de Bin Laden en su declaración de guerra contra Estados Unidos en 1998, es contador; otro colaborador de alto nivel en la jerarquía de Al Qaeda, Mamdouh Mahmud Salim, estudió ingeniería electrónica en Irak; el mismo Bin Laden estudió economía y, como ya se mencionó, trabajó en la empresa familiar de construcción en Arabia Saudita.

Los actos terroristas del 11 de septiembre representan la primera agresión terrorista de esta magnitud y violencia contra objetivos civiles hacia y desde el interior mismo de la vida social, económica y política del país atacado. Nunca antes se había presentado esta circunstancia. En el pasado los ataques terroristas se efectuaron vía la utilización de carros bomba, secuestro de aviones e introducción de bombas en aeronaves comerciales; en esas ocasiones, las víctimas fueron objetivos civiles en áreas y regiones en las que se escenificaban disputas de carácter local; ciertamente, las posiciones civiles y militares estadounidenses empezaban a ser atacadas, pero fundamentalmente en el exterior y aunque las bajas civiles variaban, nunca habían sido tan altas en un solo atentado como las del 11 de septiembre.

Los peores incidentes hablan por sí mismos: 325 personas muertas en el atentado contra un avión de Air India en 1985; más de 300 muertos en 1993 por atentados por carros bomba perpetrados en Bombay; 270 muertes en el atentado contra el vuelo 103 de PanAm en 1988; 241 asesinados por una camioneta bomba en Beirut en 1983; los bombardeos contra dos embajadas estadounidenses en 1998 en África mataron a más de 200 personas; y en octubre de 2000 el atentado contra la fragata estadounidense *Cole* atracada en aguas de Yemen mató a 17 marinos estadounidenses. Aunque estos hechos representa-

ban ominosos antecedentes para la seguridad regional y de algunos países occidentales, principalmente aliados de Estados Unidos, se trataba de eventos aislados y hasta cierto punto raros. De más de diez mil incidentes de terrorismo internacional registrados desde 1968, sólo catorce —antes del 11 de septiembre— arrojaron cien o más bajas.<sup>16</sup>

Lo anterior indica que existían limitaciones autoimpuestas que contenían la violencia terrorista. Se quería evitar el proyectar una imagen de demasiado riesgo entre sectores de opinión, principalmente islámicos, y romper con ello la cohesión, perder militantes y finalmente provocar una ruptura; “[sin embargo] el incremento de incidentes terroristas de largo alcance y de carácter más violento antes del 11 de septiembre sugería que esas limitaciones se estaban erosionando. El terrorismo requiere *shock*, el cual era cada vez más difícil de mantener en un mundo que se había hecho inmune al creciente volumen de violencia; por tanto, la escalada era necesaria”<sup>17</sup>.

En el 11 de septiembre se interrelacionan varios elementos. Por un lado una penetración temprana dentro del territorio estadunidense que se remonta a 1994, con miras a lograr posiciones en su espacio social, de aquí la posibilidad de lograr una planeación muy precisa de los movimientos y acciones de los comandos terroristas desde el interior mismo del territorio enemigo; por otro lado, un fanatismo religioso a toda prueba el cual se combina con una preparación tecnológica propia de los reclutas de Al Qaeda; estas características las reunía Atta, quien contaba con una buena preparación profesional: estudió planeación urbana y preservación en el Instituto Técnico de Hamburgo, Alemania, entre 1992 y su fecha de ingreso a Estados Unidos en 2000, en total siete años, lo cual indica que fue un estudiante intermitente y dedicado a difundir sus ideas entre compañeros islámicos —y a organizar el complot como ya se señaló anteriormente—, dos de los cuales fueron parte del comando del 11 de septiembre; aunque también, según lo recuerda uno de sus profesores, Dittmar Machule, Atta era “un pensador preciso, escéptico del mundo occidental”.<sup>18</sup> Asimismo, cumplía con todos los aspectos discipli-

<sup>16</sup> Bergen, *Holy War...*, cap. 1.

<sup>17</sup> Hoge Jr. y Rose, eds., *How Did this Happen?...*, 5.

<sup>18</sup> Bergen, *Holy War...*, 35.

narios de la religión islámica, tales como abstinencias varias, como al alcohol y al sexo; en suma, Atta sintetiza la expresión más acabada de las nuevas generaciones del islamismo fanático y fundamentalista, del recluta *moderno* del terrorismo internacional de Al Qaeda: convicción y entrega religiosas al grado del sacrificio, y preparación y conocimientos suficientes sobre cómo operar en el mundo moderno.

### *Globalidad y conflicto. Causas e implicaciones*

No se puede negar que en el contexto inmediato y mediato de los atentados terroristas se creó un clima propicio para elevar la tensión existente en el ordenamiento mundial. Es posible decir que a un año del evento, el análisis del sistema internacional no se puede suscribir del 11 de septiembre como un parteaguas histórico. Vale agregar, en coincidencia con lo que argumenta Halliday, que es errado sostener que “todo cambió” a partir del 11 de septiembre,

proposición que es difícil refutar como lo es de probar. Aun los más grandes cataclismos pueden conducir a exageraciones: el mundo no cambió, el sol no se oscureció, la novela, la esperanza o la felicidad no murieron después de Auschwitz, el Gulag, Sabra y Chatila, Sarajevo, Ruanda [...] como resultado, algunas cosas, no menos los sistemas políticos, las historias, las culturas, las esperanzas y temores del género humano continuaron. Lo mismo sucederá en relación con el 11 de septiembre. No obstante, lo suficiente ha cambiado y continuará cambiando, hasta reconocer que el 11 de septiembre es ya uno de los hitos de la historia moderna.<sup>19</sup>

Por lo demás, ciertamente, el fin de la guerra fría no trajo como resultado el fin de la polaridad en otros frentes que no fueran los estatales. Se ignoraba (o se quiso ignorar en forma irresponsable) hasta qué grado existían actores de la sociedad internacional que podían plantearse medidas tan extremas como las de los atentados contra territorio estadounidense. Los hechos terroristas del 11 de septiembre apuntan a cuestiones relacionadas con historia (colonialismo, guerra

<sup>19</sup> Halliday, *Two Hours...*, 32.

fría y posguerra fría), causalidad (lucha de posiciones al interior del islamismo y coerción por parte de Occidente sobre los territorios del Medio Oriente), cultura (choque civilizacional y otros), el Estado (su crisis), política exterior y unipolarismo (su crisis).

En todo caso, habría quizás dos explicaciones de fondo a lo sucedido el 11 de septiembre. Por un lado hay que atender a sus ramificaciones coloniales y posteriores a la guerra fría. Bin Laden hizo alusión, en su declaración del 7 de octubre en la televisión de Al Jazeera y publicada al día siguiente en el *International Herald Tribune*, a la lucha milenaria del Islam que, en su concepción, data de los últimos ochenta años. No está claro a qué se refiere Bin Laden, si al colapso del Imperio Otomano o la toma de Palestina por Gran Bretaña. Algunos de sus colaboradores cercanos han invocado la expulsión de los árabes de España en 1492. En todo caso, desde el 11 de septiembre estamos ante el surgimiento de un cruzado moderno, cibernetico, altamente tecnificado y que está en entera disposición de entregarse a la muerte por defender una causa claramente precisada en términos y alcances por el mensaje mesiánico de Al Qaeda.<sup>20</sup>

En el contexto de una globalización que aunque necesaria y también deseada, ha resultado profundamente inequitativa e inefficiente, colonialismo y guerra fría son la dupla embrionaria de una crisis mundial de magnitudes aún incalculables; se trata de los antecedentes mediatos e inmediatos del surgimiento de esta versión de terrorismo militante y de vanguardia; la combinación de este legado produjo gran resentimiento contra Occidente entre amplios sectores del mundo árabe, en particular contra Estados Unidos, así como las políticas concretas implementadas en las zonas de conflicto más sensibles de esa región. Como argumenta Halliday, desde 1918 el colonialismo heredó un sistema de Estados (ciertamente en crisis) en Medio Oriente, así como un conjunto de problemas fragmentados no resueltos como el palestino (el conflicto árabe-israelí en forma clásica),<sup>21</sup> el kurdo y el estatus incierto de Kuwait.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> Véase la declaración completa en *ibid.*, 233-334.

<sup>21</sup> Bin Laden ha dicho: "Juro ante Dios que Estados Unidos no vivirá en paz antes de que la paz reine en Palestina y antes de que todos los ejércitos de infieles abandonen la tierra de Mohammed", cit. en Halliday, *Two Hours...*, 234. Existe una legítima demanda pendiente, que no depende sólo de los cálculos extremos resultado de la alianza de Washington y Tel-Aviv: la negativa de los derechos políticos de seis millones de palestinos.

<sup>22</sup> *Ibid.*, 35.

Así, la era del colonialismo (1870-1945) fue reemplazada por la era de la guerra fría. El 11 de septiembre puede significar el comienzo del fin de la guerra fría como han argumentado algunos analistas, un evento trágico más en su cadena de desgracias acontecidas desde el fin de la segunda guerra mundial, o bien el inicio de quizás el más grande conflicto de la guerra fría. Sus secuelas son antiguas aunque confrontan, en el medio de la modernidad y el progreso —esos duendes escurridizos— a un actor no estatal con el don de la ubicuidad contra el país más poderoso del planeta, hoy herido profundamente en su dignidad e integridad nacional y dispuesto a llevar a cabo por su propia cuenta y a pesar de la falta de consenso de la mayoría de sus aliados europeos y árabes, una cruzada en nombre de la defensa y la integridad de Occidente. En todo caso, se trata —de nuevo— de una confrontación entre Occidente y Asia por razones que van más allá del conflicto civilizacional, si bien preexisten algunos contenidos significativos de éste; es un conflicto en el que se dirimen (no sin mesianismos) dos visiones del mundo y de las formas de vivirlo y sobrevivirlo. Halliday discute, sin conceder, la tesis de que el conflicto entre “Occidente y el mundo islámico fue en sí mismo una nueva guerra fría, una nueva rivalidad global que reemplazó a la anterior”, y nos revela un dato significativo para esta introspección sobre las raíces de la confrontación: “es tentador recordar aquí que el primer, original y probablemente olvidado uso del término «guerra fría» fue en efecto en relación con el conflicto entre la cristiandad y el islam en España, en los escritos del autor castellano don Juan Manuel (1282-1348): «guerra que es muy fuerte y muy caliente termina o bien en muerte o en paz, mientras que guerra fría nunca trae paz ni trae honor a aquel que la hace.”<sup>23</sup>

Parece ser otro el problema en virtud del carácter no estatal ya señalado que tiene la contraparte islámica. Es cierto que la confrontación Islam-Occidente no tiene un carácter global como lo tuvo la guerra fría, ni involucra a toda la población o Estados islámicos, ni el islam tiene una acogida, como la tuvo el comunismo, en el mundo occidental, o tampoco el potencial económico, militar o político para erigirse en una fuerza mundial dominante. La confrontación está dada entre una fuerza con capacidad de coerción no legítima —el terrorismo—,

<sup>23</sup> *Ibid.*, 36

que se originó en el orden de guerra fría y que por lo tanto es una consecuencia directa de éste y un Estado unipolar, Estados Unidos, con legitimidad —aunque relativa— para imponer su fuerza en el ámbito internacional y que detenta el poder necesario si bien no suficiente, como para emprender una campaña militar y política de largo aliento contra su enemigo declarado y reinagurado y que a la vez, por razones algo distintas a las de Washington, es también una amenaza (real) a la seguridad de todos y del precario orden mundial, incluida una globalización económica y política insatisfactoria e irresuelta, también heredados parcialmente por la guerra fría.

Al mismo tiempo, en lo que toca a las responsabilidades de Occidente, hay que mencionar que fue un error de implicaciones ya probadas con el 11 de septiembre mismo, fomentar en el mundo islámico a grupos de resistencia para defender intereses de control de carácter a corto plazo en función de geometrías geopolíticas de muy dudoso éxito. Muchos de estos grupos devinieron terroristas siendo su culminación más elocuente el régimen talibán en Afganistán y el consecuente apuntalamiento de la corporación terrorista más importante y tristemente célebre de la historia, Al Qaeda, y de Bin Laden como el caudillo primordial de la causa del fanatismo islámico. Habrá que agregar un elemento de trascendencia: el debate ha sido de generalizaciones, se ha polarizado y ha quedado a merced —las más de las veces— de una polémica sumamente ideologizada que ha ensombrecido la explicación de las causas y los hechos mismos sin percatarse de la gravedad del hecho.

Se impone agregar algo más sobre el tema de la violencia y la íntima relación con *su* fenómeno: el terrorismo. En esta cada vez más íntima interrelación se afronta un riesgo aun mayor en el que quedan involucradas razones sociales y estatales a la vez: por un lado —y éste es el mensaje de los responsables de los atentados del 11 de septiembre— se juega peligrosamente con un doble discurso que apunta a justificar la violencia contra objetivos civiles en nombre de fines políticos (extremos). Con esta visión de las cosas, el propósito y objetivo políticos del terrorismo son, por un lado, desmoralizar al enemigo y movilizar seguidores. Por el otro, varios Estados en el mundo, en el Medio Oriente y otros como el caso del ruso en Chechenia, sostienen que la violencia extrema (violencia de Estado, se entiende)

se justifica en defensa de su Estado. No se pueden menospreciar algunos signos de este tipo en el discurso oficial en Estados Unidos después de los atentados.<sup>24</sup>

### *Estados Unidos y el mundo*

Una de las consecuencias más importantes del ataque terrorista es la amplia animosidad contra Estados Unidos como el último responsable del clima en el cual el terrorismo ha germinado y que todos los males del mundo deben ser atribuidos a este país, a su Estado o a sus ciudadanos. Esta visión es imprecisa y hasta cierto punto simplista y consecuencia de una mala información y valoración sobre las raíces del problema. Se trata de una acusación que ignora —en el medio de una generalización demagógica y rencorosa— aspectos concretos de la política exterior de guerra fría de Estados Unidos.

Es una animosidad que proviene precisamente del odio originario que enmarca históricamente los atentados; pero no es una explicación de los hechos y sus orígenes. Se olvida quizás —lo que no pretende ignorar el discurso y voluntad hegemónicas que prevalecen al interior de la cultura *cowboy* estadunidense; de aquí la enorme complejidad que guarda Estados Unidos— que a este país viajan y radican los sueños de millones, quizás en buena medida, una porción enorme de la población mundial, de inmigrantes, como mucho antes lo hicieron hacia Inglaterra o Francia; y los cuales, además, han contribuido significativamente a los adelantos en el conocimiento, desde la música hasta la medicina, pasando por otras esferas de la producción científica y la creación artística y la defensa de los derechos del hombre. En este sentido, es posible decir que ese país condensa las razones para la animadversión, así como para el reconocimiento: la crítica radica en que Estados Unidos ha hecho más bien poco que mucho. Guerras e intervenciones, es cierto, aunque también reconocimiento de los derechos y libertades ciudadanas, tales como los derechos de género y el reconocimiento de una expresión innegable de su realidad social: el multiculturalismo.

<sup>24</sup> *Ibid.*

Un récord contradictorio, ciertamente, pero del cual no han sido ajenos otros países con un historial similar desde el siglo XVIII. Asimismo, no se puede ignorar que el juicio impreciso y extremo de la actuación estadunidense guarda el riesgo de desdibujar un renglón fundamental del problema de la crisis provocada por los atentados del 11 de septiembre. Nos referimos al hecho de que las acciones de Al Qaeda tienen poca o nula relación con las causas de los oprimidos del mundo. Y aquí no es razonable confundirnos: cualquier causa anti-imperialista que atente contra la integridad y la vida de un ciudadano significa una gran razón para el desasosiego y un problema de inseguridad para todos: se reivindica un postulado de exterminio racista como la última expresión de un esquema de salvación en el nombre de una reivindicación universal y total tan demagógica como perversa.

El libro que se presenta al lector en coedición entre el Centro de Investigaciones sobre América del Norte y el Instituto de Investigaciones Jurídicas busca entender las causas y alcances que la tragedia de septiembre tuvo; se trata de un esfuerzo académico serio y original así como una reflexión colectiva rigurosa que se realiza sobre los atentados y su consecuente crisis, a partir de una perspectiva interdisciplinaria, que aborda el fenómeno desde el prisma filosófico, político, sociológico, económico e internacionalista. Todos los autores, especialistas de primer nivel en sus respectivas disciplinas, contribuyen al debate con un análisis inteligente y comprometido, una reflexión intelectual en la que se plantean tanto razonamientos como preguntas que nos permitan tener en México una visión fresca y precisa sobre las condiciones actuales y las implicaciones de corto y de largo aliento que, tanto para la vida interna de Estados Unidos como para la internacional, han significado los atentados del 11 de septiembre de 2001. A la fundación William and Flora Hewlett nuestro reiterado agradecimiento por sus generosos apoyos financieros al CISAN.